

EL SARGENTO DEL NATOR-3

M. PARRILLA NIETO

• MARIANO ASCOZ CABAÑERO

A media luz, entre un sector de luna y nubarrones empujados por el viento, dibujábanse los contornos de un blocao sobre una lona encrespada de espinos y palmitos. En el silencio de aquellas soledades ni el aleteo del ave ni el liviano rozar de las patas del roedor quebraban el dormir de las montañas. Y, sin embargo, ojos de hombre vigilaban las sombras en ese intento eterno del soldado por sorprender el rostro de la muerte. Era el puesto de Nator-3, la madrugada del 3 de septiembre de 1925, en la agreste geografía de la Yebala marroquí.

El sargento Ascoz, un aragonés de 35 años, contemplaba desde su cama de tierra unos bultos desparramados por el suelo, inmóviles algunos, inquietos otros, cubiertos todos por la manta de campaña. El velaba, tal vez buscando el sueño o meditando en el mañana incierto de aquellos veintidós hombres que tenía bajo su mando.

La guerra... ¿Qué sabía él de las razones de la guerra? Estaba allí, en Africa, y con la misión de defender el Nator-3, eso era todo. Intentaría dormir, eran las dos de la madrugada y a las cinco tenía costumbre de

revisar los puestos. La noche se le iba entre los párpados.

Afuera, frente al barracón, un centinela apoyaba el Mauser en los peñascos que le hacían de parapeto. Algo parecía moverse más allá de la alambrada; se agachó, tomó una piedra y la arrojó contra el vacío. Rebotó el canto en otros cantos y el eco se perdió entre la maleza. Y, en el instante mismo en que tomaba el arma para iniciar un recorrido de pasos contados, surgió de entre las sombras un haz de relámpagos cruzados que fueron a converger en su persona.

**LA GUERRA... ¿QUE SABIA
EL DE LAS RAZONES DE LA
GUERRA? ESTABA ALLI,
EN AFRICA, Y CON
LA MISION DE DEFENDER
EL NATOR-3.**

El grito de agonía del soldado herido desgarró la noche. Voces extrañas aullaron desde la misma línea de alambradas, contestaron al fuego los



Don Mariano Ascoz Cabañero

Suboficial de Infantería condecorado con la Cruz Laureada de San Fernando

otros centinelas y la vigilancia del sargento Ascoz saltó en pedazos ante el aldabonazo de la muerte.

Sólo las mantas tiradas por el suelo denotaban la sorpresa. A una voz, el blocao se convertía de precario dormitorio en activo campo de batalla. Se disparaba a intervalos, cuando el fuego enemigo permitía señalar mínimamente el objetivo; pero si los de Ascoz hallábanse en dificultades para hacer bajas entre los matorrales y las sombras, no ocurría lo mismo con los atacantes; ellos sabían a donde dirigir sus tiros. Cuando apuntaba el día, ya había sangre reseca sobre algunos uniformes.

Y con el amanecer se desencadenó un ataque feroz a lo largo de toda la línea de defensas españolas. La posición principal Nator recibía intenso fuego de artillería; y sobre el Nator-3, una primera andanada reventaba el barracón, llevándose con la metralla la vida de varios de sus defensores.

Entre la densa nube de tierra y humo, el sargento Ascoz fijaba puestos de tiro al amparo de unas rocas próximas a la alambrada. La artillería seguía machacando el pequeño reducto. Y, durante horas de espanto, tan sólo gases, llamaradas y estampidos señalaban el lugar del Nator-3.

A media mañana cesó el fuego artillero. En la colina sólo quedaban ya en pie las alambradas, y aun éstas

EN EL SUELO, HACINADOS ENTRE LOS SUPERVIVIENTES, YACIAN LOS CUERPOS SIN VIDA DE NUEVE SOLDADOS ESPAÑOLES.

aparecían rotas a trechos. El enemigo debió suponer eliminada toda resistencia, por lo que inició un avance con intención de ocupar las rocas calcinadas; sin embargo, incomprensiblemente, de entre los riscos brotó una descarga cerrada que hizo retroceder con numerosas bajas a los asaltantes. El bloqueo ya no existía, pero sus defensores estaban aún allí.

El sargento Ascoz, bañada en sangre una de sus manos, mandó recoger cuanto pudiera servir para taponar las brechas; maderas medio quemadas, trozos de manta, piedras, algún saco terrero... Cualquier cosa podía ser útil para dificultar el nuevo asalto que se avecinaba. Y, en efecto, repuestos de la sorpresa, los musulmanes repetían su intento; mas la voz de Ascoz se dejó oír, dando la orden de fuego, y una escalofriante sinfonía de plomo silenció el griterío de la segunda acometida.

A lo largo de todo el día se sucedieron escenas de angustia y de heroísmo; cruzáronse granadas, las hojas de las bayonetas rezumaron sangre. Y en el suelo, hacinados junto a los supervivientes, yacían los

cuerpos sin vida de nueve soldados españoles; de los trece restantes, sufrían heridas siete, entre ellos el jefe de aquella resistencia numantina.

Puesto ya el sol, el sargento Ascoz hacía balance de la situación; rodeado de cadáveres dentro y fuera de las alambradas, sin víveres y escasos de munición, poco podría prolongar la resistencia; no obstante, debía continuar. La pérdida de aquel puesto, en apariencia insignificante, supondría la rotura de un eslabón en la cadena de blocaos y, probablemente, la caída de toda la línea.

Había que pedir refuerzos al Nator principal. Y cuando la oscuridad envolvía las lomas y barrancos, un cabo se deslizaba camino del imposible. Y siguieron los intentos de conquista, ahora sin ruido, arrastrándose chilabas entre los cantos y espinos; estertores de muerte y machetes enrojecidos hasta la empuñadura.

ASCOZ TENIA EN SU CUERPO VARIAS HERIDAS DE BALA Y DE METRALLA: UNA DE ELLAS LE HABIA DEJADO CIEGO.

Nueve hombres se sumaron a la fuerza de Ascoz; el cabo había logrado su objetivo. Antes de clarear el día, ya estaban pegados a las rocas, repeliendo el constante ataque musulmán. Nuevamente disparó la artillería, aumentaban las bajas, los heridos se tambaleaban con el fusil entre las manos, enloquecían los hombres y la acometividad de los yebalíes parecía no tener fin.

Era el amanecer del día 5, llevaban, pues, cuarenta y seis horas de combate. Ascoz tenía en su cuerpo nueve heridas de bala y de metralla; una de ellas le había dejado ciego. Y, semi-desangrado, sin vista y sostenién-

dose a duras penas en la caña del fusil, seguía en pie, dirigiendo la defensa, alentando a cada uno de los combatientes o encomendando a Dios a los agonizantes. Mariano Ascoz era ya un titán, a un paso de la muerte y de la historia.

A medida que transcurría la mañana, se escuchaba más cerca el trepidar de lejanas detonaciones, después largos silencios y algún que otro paqueo como señal fatídica de reloj suspendido en el espacio. Al fin, apareció ante los defensores del Nator-3 el origen de aquel fuego distante: era una columna propia que avanzaba penosamente hacia ellos; pero, de no romper el cerco enemigo, les resultaría difícil alcanzar la posición.

Por el heliógrafo, el jefe de las tropas próximas ordenaba al sargento abandonar lo que quedaba del bloqueo. Ascoz dispuso la salida: se abriría la alambrada y un grupo de hombres saldría, arrojando granadas de mano, mientras el resto intentaría sacar a los heridos. Un cabo, un soldado y él les cubrirían con fuego de fusil.

La terrible acometida de aquellos espectros debió espantar al adversario. Eran un puñado de enloquecidos héroes jugándose a sangre y fuego la última carta de su vida. Ascoz quedó tendido en el suelo mientras disparaba hasta quemar el cañón del arma. Al cabo de un largo rato, eran las tropas españolas las que, a corta distancia, protegían la salida del sargento, que avanzaba hacia ellos apoyado en el hombro de un soldado; detrás de él quedaban once muertos. Había sido el último hombre vivo en abandonar el Nator-3.

Mariano Ascoz Cabañero hubo de permanecer durante más de un año en distintos hospitales. Recuperó la vista y sanó de sus heridas. Regresó al servicio activo y, el día 20 de marzo de 1929, el rey don Alfonso XIII le concedía la Cruz Laureada de San Fernando. Alcanzó la edad de retiro con el empleo de coronel de Infantería.